

Actos de transgresión en la escena analítica con niños

Nudo imaginario-simbólico en el juego transferencial



MAGDALENA FILGUEIRA¹

En los lindes de la mesa,
la vida de los otros se detiene.
Adentro hay un extraño país.

Jorge Luis Borges, «El truco»

ESCRIBIR, EN TODO CASO, CASO A CASO

La sesión psicoanalítica transcurre en un escenario de tiempo y espacio que le son propios en la particularidad del dispositivo y en la singularidad del encuentro analizante-analista. Lo que en ella acontece se extingue en su propio discurrir, algo cae cuando hace marca, y un resto queda, en algún caso, como una suerte de *crystalización*, un sedimento que ha precipitado en el analista, es *material de análisis* en principio el único sobre y desde el cual podríamos escribir. Valioso es recordar la elección del nombre, por parte de Freud, el nombre propio a una práctica: *psicoanalizar* deriva de *psykhé*, «alma» o «mente» en griego, y *análysis*, «análisis», en el sentido de examen o estudio, que descubre *términos*, *elementos* fantasmáticos, y es una práctica terapéutica, persigue una cura a través de una técnica de *investigación*, algo que también es. Podríamos, por tanto, sostener que es arte y técnica a la vez, praxis con estilo griego, lo que ellos llamaban *tekné* (Gil, 1995, p. 336).

Lo acontecido en una sesión de análisis es siempre pretérito, un presente de lo ya acontecido, que *ahora* queda como resto disponible para el psicoanalista, es *aún* otra cosa que lo sucedido, son huellas del caso que

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mfilgueira.mefe@gmail.com

podrán volver, revolver e instar a aquel a que le vierta palabras. Entonces, darle palabras a la *clínica psicoanalítica* —es decir, hablar, escribir— es una manera de interrogar al psicoanalista en su función, desde su posición y su deseo de analista, apremiarlo a que dé su razón de ser. En algún caso, eso que hace marca se ubica entre demanda y deseo del analista, siendo *Wunsch, anhelo* de escritura, de transformación bajo apremio, insistencia de ser *elaborado* por el psicoanalista, porque algo ha quedado en demora, a la espera, se ha resistido a su disolución, y eso es lo que considero un caso. Es aquel que insta al analista a que lo *apalabre* para atraparlo, atravesarlo, y, transmitido en su opacidad, el caso cautiva al psicoanalista que se ve cautivado a capturarlo en su escritura; el caso se constituiría cuando se ofrece a ser *escriptura*².

¡NO HAY CASO! HAY REBELDE INSUMISIÓN EN LA TRASMISIÓN DEL CASO

La producción de un caso se desplegaría en la distancia entre lo acontecido, en aquella puesta en escena, puesta en acto de la transferencia, y lo que de ello resta como *Arbeit, trabajo* de analista, porque algo queda perlaborando en él, proceso de escritura sobre restos que buscarían una nueva inscripción, nueva captura escrita en el terreno de la ficción. La ficción como invención consistiría no en hacer ver lo invisible, sino en hacer ver hasta qué punto es invisible, la invisibilidad de lo visible. Hay que *ficcionar e imaginarizar*, hacer visible la opacidad del caso como construcción sostenida en la distancia, entre ese tiempo de lo ya acontecido pero aun sucediendo como anhelo, entre deseo y demanda, entre claroscuros y líneas de opacidad.

No hay caso en relación con componer una universalización del fenómeno, sino atravesar con algunas palabras que buscan *imaginarizar* con texturas la incomprendibilidad de ese caso, que será, por tanto, siempre caso a caso.

2 Neologismo presentado por la autora junto con Aurora Polto en la 1ª Jornada de Escritura y psicoanálisis organizada por la Sociedad Psicoanalítica Brasileña de Porto Alegre (2013), y trabajado por la autora en el texto «Psicopatología de la clínica cotidiana» para el taller «Sexualidad en la escritura del psicoanálisis», a partir del cuento de Morosoli «El viaje hacia el mar», en el Congreso «Sexualidad», de APU (Montevideo, 2014).

Freud analiza textos en dos de sus cinco grandes casos llamados *historiales clínicos*; en el historial de Juanito, analiza un texto a través de las notas, relatos transcritos de su padre Max Graff, y en el de las *Memorias de un neurópata*, un libro autobiográfico de Schreber (1903/1978): ese escrito literario tan singular es el caso para Freud.

EL CASO ES AQUEL QUE NO HACE CASO

Los restos de la letra insisten en rearmarse, armar trama textual, pero ¿por qué? O, aun mejor, ¿para quién? Creo que la consistencia e insistencia, imaginaria y simbólica, se relaciona con la trasmisión en cuanto el analista se ve impelido, urgido a dar sus razones para la trasmisión ante una comunidad de oyentes.

El caso es inédito, cobra su valor por novedoso más por lo no dicho hasta entonces, por lo que levanta y *contradice* más que por lo que ejemplifica. Esa contienda, eso revulsivo del caso por imponerse en su decir, en traslucir, en su ocultarse y mostrarse, esa ubicación es para mí lo que lo hace caso y no caso a la vez, frontera móvil de la literatura y el psicoanálisis.

Escritura y psicoanálisis, hacer algo otro, texto de figurabilidad que logra la escritura de la clínica psicoanalítica como literatura, desdoblamiento del escenario de la intimidad de lo que aconteció, de lo íntimo que queda como resto y pensamiento, en fantaseo y puesta en acto de escritura, gramática del deseo, dramaturgia de un texto. Esa intimidad se sirve de lo más ajeno exterior, que es el lenguaje; toma de ese afuera, se sirve de ese ajeno para zurcir de imágenes esa interioridad perforada del analista en su supuesto saber. Se inaugura y se puede conceptualizar, entonces, cada vez en cada caso, el tiempo-espacio en la *extimidad* de la lengua.

EL CASO DE UN MATERIAL DE ANÁLISIS CON UN NIÑO

Winnicott (1956/2004) plantea, en relación con la privación y la delincuencia, que si el niño es un paciente psicoanalítico, el analista tiene dos alternativas: o hacer posible que la transferencia cobre peso fuera del marco analítico o prever que la tendencia antisocial alcanzará su máxima potencia dentro de la situación analítica y estar preparado para soportar el impacto (p. 156).

Presentaré una viñeta con un niño a quien acompaña su padre, el cual me había llamado porque estaba muy preocupado por su hijo. El niño mostraba intensos miedos en su casa, de día, cuando se quedaba solo, y de noche, aunque estuviera acompañado, se agudizaban. Necesitaba dormir con la televisión encendida para sentir *la voz*, y aun así, cuando no aguantaba el miedo, se iba a la cama *grande*. Es el menor de cuatro hijos. Su madre, mujer joven, bonita, relata que «vino sin ser esperado», cuando se hallaba concursando para un nuevo puesto de trabajo. Recuerda cómo le fastidió cuando comenzó a caminar, porque era inquieto, que le pegaba para que no se moviera tanto.

La ambivalencia en torno a la llegada del hijo había generado que los padres se culpabilizaran, con lo que se armó un fantasma culpógeno que, siendo amenazante, provocaba una reparación repetitiva, ineficaz y compulsiva a la vez. Fantasma que lo constituía, lazo en lo especular, estructural, en su narcisismo fallante y sobreinvertido, propulsaba reverberantes fantasías de omnipotencia. Espejamiento que habría dejado marca en el origen de su imagen, de la cual se desprenderían, espigándose, las identificaciones imaginarias. Analizaremos aquí las relacionadas con la serie de los *chorros* de la cual manaba el temor a los ladrones.

Al comienzo del análisis, en lo manifiesto —con apoyatura en la novela familiar—, el niño se mostraba como un niño muy seguro de sí mismo, locuaz y gran argumentador, siempre desde una posición reivindicativa que dejaba traslucir una profunda insatisfacción y una demanda *no pasible de ser colmada, calmada*. Posición subjetiva, narcisista, desde la que sentía que tenía un legítimo derecho a reclamar algo que no se le había brindado nunca y que se le debió dar, que le pertenecía, o que habría tenido y perdido, aunque más no fuera como historia; posición narcisista desde la cual interpelaba incesantemente al otro, burlándose con una gran ironía. Posición que se deslizaba hacia la autorización a la trasgresión para obtener lo que él quería. En contraposición, presentaba toda una sintomatología en torno al miedo a estar solo, que se prolongaba en un temor grande a trasladarse solo o jugar en la calle, temor a ser lastimado, robado: «Es que me muero de miedo con los chorros de la calle». La angustia se transformaba en un miedo de tinte fóbico, por su intensidad y por los mecanismos que el niño utilizaba, la proyección hacia un Otro que pudiese sostener

y dar sentido a sus afectos. El objeto que se encontraba en el centro de los temores fóbicos eran los *chorros*. Miedo a ser robado, lastimado en la calle por un ladrón, un *joven plancha*. En la escuela no rendía bien aunque era muy inteligente; en el momento de la consulta, los padres relataron episodios en los que se burlaba de los compañeros con alguna dificultad y se enfurecía desvalorizando a quienes intentaban ponerle algún límite. Su padre había comenzado a viajar al exterior un tiempo antes del estallido de los síntomas; le traía regalos, juegos electrónicos y celulares de última generación, altamente investidos por el niño, con lo que se estableció un montaje pulsional en el que esos regalos actuaban, por un lado, como objetos reaseguradores del amor del padre, y por otro, como foco de temor a la pérdida y al robo.

Trae de su casa, a la sesión —como solía hacer al inicio del análisis—, un juego de mesa en el cual se juega a ser empresario-manager del fútbol.

N: Ah, bien, pero vamos a jugar a este... [Armamos el tablero, fichas, dados]. Sigo con miedos [sonríe], más cuando estoy con mi madre de noche. De día igual bajo y busco al portero. Es de noche, de día me siento un hombre más cuidado...

A: Un hombre más cuidado... Un hombre, como tu padre...

N: Te voy a explicar cómo se juega... [Jugamos según las normas hasta que empieza a perder, frustrarse y enojarse. Me llama la atención cómo confunde el verbo *pagar* con *cobrar*; me pide que se lo aclare cada vez. Una de las reglas es que no se puede salir de una casilla: el jugador queda detenido, a menos que otro pase por ahí y lo libere, por lo cual me pide con exigencia que siga tirando. Opongo resistencia frente a la insistencia de su pedido. Accedo finalmente a seguir tirando a su favor, no sin antes mostrarle que mi interés en la partida es diferente al suyo; dudo sobre los efectos transferenciales al ceder en *mi deseo*]. ¿Vas a ayudarme? Voy ganando en el tipo de cuadro, vos en la cantidad... [Pienso que respeta mucho más las reglas que cuando comenzó el análisis, hasta que saca dos tarjetas juntas de «destino». Lee la primera y me mira desafiantemente]. Ahora voy a leer la segunda a ver cuál me conviene más, ¡Sin querer saqué dos...! Es lógico que las lea...

- A: Eso está por fuera de las normas, fuera de la *ley* de juego... [Siento rabia, me voy calentando y pienso «¿Qué (me) demanda?», me pregunto «¿Hace un llamado?». Interpela en transferencia: «¿Cuánto se halla Sujeto a Ley? ¿Y quién?»].
- N: ¡¡Vos!! ¡¡No estás haciendo las cosas bien!! Tu tarea es ayudarme, y no hablás nada, jugamos y no me decís lo que sabés, ¡¡¿por qué es que me asusto de noche y en la calle de que me puedan robar?!! Así que hablame más...
- A: Es que salís de las reglas del juego, de la ley, provocás, hacés enojar, y luego tenés miedo de que te pase algo, que alguien muy enojado pueda querer robarte... o abandonarte, no hablarte... [Mientras hablamos de esto, con el valor de la tirada del dado y el desplazamiento en el tablero, le toca cumplir algo que lo desfavorece; vuelve entonces a pensar en dos jugadas anteriores, pide para contar *bien* porque le parece haberse equivocado y, efectivamente, me había *afanado*]. Cuando lo que pasa después es peor que lo de antes, volvés sobre la tirada; ahí el que robaste, chorreaste, sos vos. [Ha logrado definitivamente hacerme enojar, desde la con(tra)-transferencia yo estoy furiosa].
- N: Ah, soy un niño, vengo contigo por esto, es que no me di cuenta... ¡¡Me voy a esperar a mi padre!! [Va a la sala de espera. Quedo profundamente conmovida por lo que acontece en transferencia].
- A: Me pedís que te ayude con esto terrible, pero no es que no te diste cuenta, es imposible que dos jugadas después te des cuenta de que te habías equivocado... Tal vez de eso es de lo que tengamos que hablar.
- N: ¡Soy un niño! ¿No trabajás con niños? [dice desafiantemente]. Y tengo miedo. [Se angustia].

Inconsciente real como imposible, que retorna en —por— nuestros juegos, dado que no es posible que no se hubiera dado cuenta, que insiste y se anuda en lo imaginario con la imagen del *chorro* que lo deja *aterrado*, *planchado*, *chorreando* angustia, y se repiten en transferencia los actos de transgresión y la a-puesta en cada vuelta del circuito pulsional, las marcas que pudieran ir quedando de lo simbólico, afectando lo imaginario. Ese desmontaje pulsional en juego —en el análisis del niño, en este caso— se rearma una y otra vez en torno a su fantasma fundamental, narcisista, que lo funda y

funde, que asomaba y cometía un asalto trasgresor en lo que atañe a un ataque al Otro, causando en transferencia una respuesta del otro a su demanda.

PSICOANÁLISIS, PUESTA EN ACTO DE LA TRANSFERENCIA

Todo psicoanálisis refiere a la puesta en acto actualizándose a la vez la *historia* del analizante, sus fantasías, en los avatares del encuentro con los objetos singulares de cada quien. El niño tomado por los suyos transfería al escenario de la sesiones, en la tela, sobre la mesa de juego, actos de transgresión; el acto, tan cerca de la actuación, a la vez del pedido de palabra sostenida, enunciada como norma del juego, elevada a categoría de Ley, *prohibido, permitido, ganar, perder*.

Lacan (1956-1957/2008) retoma en el seminario en el que aborda la relación de objeto y las estructuras freudianas lo planteado por Freud en *El porvenir de una ilusión* (1927/1992), en torno a la frustración, prohibición y privación, haciéndolas jugar de agente, el objeto y su falta; la falta del objeto en sus diferentes versiones, hasta las perversiones.

El acto como llamada a un Otro que en la escena transferencial levanta la polvareda de los afectos, de las pasiones del alma, y la revuelta del deseo provocando la interpelación... ¿qué le demanda el niño a su analista? Analista en su función, analista en posición de sostener y hacer semblante de esa *paradoja* fundante del deseo: querer tener el objeto y todos los objetos, sorteando, desconociendo, ignorando la Ley de la prohibición que regula los intercambios, e invocándola y deseándola a la vez, para ser «absuelto» en relación con sus fantasmas de castración y muerte. Fantasmas que lo acosaban, produciendo y reproduciendo el circuito pulsional, angustiante y sintomático, es decir, repetitivo.

Considero la acepción del verbo *repetir* como «volver a pedir»; en el diccionario, en esta acepción —cuya aplicabilidad se desarrolla en el campo del derecho y la jurisprudencia, ¡justamente!— se lo define como el acto de «reclamar contra tercero, a consecuencia de evicción, pago o quebranto que padeció el reclamante», fueron estos los guiones fantasmáticos puestos en juego, desplegados en los entretelones transferenciales para ser analizados. Respuesta que se ofrece mediante interpretaciones, que, en el caso de un niño, son «verdaderos» actos

psicoanalíticos. Para ello deberá dejar a un lado la contratransferencia³, rescatándose por tanto de las pasiones del ser, de la angustia que produce la demanda hacia el goce del Otro, no castrado, en el que el niño insiste en buscar, provocar y encontrar ubicado a su analista, relanzando invitaciones de diferente tenor, muchas veces, seduciendo.

Instaurar marcas simbólicas que se hallaban tambaleantes, la Ley de los intercambios del significante fálico, aquel que debiera circular, que no posee ni el sujeto ni el otro, podría hallarse distante y presente para ambos.

Me *transfiere* su angustia ante esa temida castración imaginaria, ejercida a manos de los chorros. Angustia de/en transferencia que moviliza la castración simbólica del analista, desde la cual interpreto y, rescatándolo, lo ayudo a inscribir la falta en relación con la completud que intenta desmentir la castración y la muerte, retornando desde lo real de los síntomas y su angustia.

El gran Otro no castrado retornaría en forma siniestra con la imagen del que le va a robar, aun en su casa, o sea, en lo familiar, generándole la inquietante extrañeza del *chorro*. Ominosa presencia del ladrón que entrará en la noche, síntoma fóbico como metáfora de sus deseos en los diferentes registros, en el edípico: robarle al padre la madre, quitarle su lugar, en un fantasma de visos incestuosos y parricidas. En el montaje fantasmático de la construcción sintomática, se vería desplazado del yo al otro y del hogar a la calle, a la cual el niño no salía si no era acompañado. El objeto especular imaginario, persecutorio —ese *doble*, *el chorro*, tomado como significante multívoco en la cadena—, es proyectado y luego evitado durante el día al no andar solo por la calle, pero esto ya no le resulta posible en la noche. El niño ejercía en este clima transferencial una fuerte invitación al analista, invitación por momentos muy seductora, incluso, al goce del gran otro, como hacer pasar eso por los desfiladeros de la palabra rumbo al goce fálico.

Es en análisis, en transferencia y a través del discurso, en el decurso del juego que lo confronto con ese fantasma, interpretándole desde esa

3 Considerando la contratransferencia como «la suma de los prejuicios, de las pasiones y de las perplejidades del analista» (Lacan, 1951/1980, p. 46).

misma presencia que demanda «No me hablás nada... no me decís lo que sabés». Presencia de psicoanalista, que porta el sujeto al que se supone saber, portador asimismo de castración simbólica que hará pasar los deseos sexuales por el desfiladero de la palabra y de la Ley.

Se condensaría en el significante «*me muero* de miedo cuando *estoy solo*» que mostraría fallas en su capacidad de estar a solas. Es en la repetición transferencial, en ese volver a pedir, que el niño buscaría otra respuesta, hurgando en mi deseo con su llamado: «¿Qué deseas de mí?», interpelándome fuertemente e intentando hacerme bascular en el sostén de la Ley simbólica como don. Finalmente, me interpelaría con su demanda de amor. El niño cobra a través de mí, más que en mí, y yo pago con mi persona, que se retira como tal; solo desde la función de analista se brindará la respuesta a su demanda a través de la escena de juego como discurso, como material significante, y con las palabras que interpretan se dará respuesta a su demanda, a su amor trasgresor, a su deseo, con mi falta.

Jugamos en sesiones posteriores a un juego de pelota, con cancha, reglas; me pide que yo no le *pique* a él, que es niño, para que pueda ganar. Vale como regla una vez explicitada, se va instalando una nueva *legalidad acordada*. Tiempo después, me propone inventar un juego nosotros, en el que pongamos las normas para poder jugar, como fundación de un orden. Me dice de entrada que eso será lo que se lleve cuando ya no venga más, me pide que le prometa que lo voy a cuidar y luego se lo voy a dar para que pueda llevarse.

El niño, ya púber, se trasladaba por las calles, abriendo y cerrando la puerta de su casa. Se encontraba sobre el fin del análisis cuando comenzó a recordar las marcas de aquellas sesiones en las que el enojo-odio reinante amenazaba con destruir en/la transferencia y provocar el desenlace prematuro del fin, de su partida, lo que compone para mí la marca del caso. En ese clima transferencial de final de análisis, el niño produjo dos *síntomas transitorios* durante unas sesiones. Uno fue un tartamudeo, sorprendente dado lo locuaz que siempre había sido. Cuando se lo señalé, me dijo «¿Viste?!». «Sí, veo que podés acercarte a tu titubear, a tu medio decir, en este momento de partida; no tenés toda la verdad o la tenés a medias», le digo. Aludí a frases, dichos e interpretaciones que habían pasado a formar parte de la historia del análisis. El otro síntoma de fin de análisis fue lo

que Freud llamó un *acto sintomático*, que consistió en que el niño se tocara cada tanto con una marcada insistencia la zona genital. Lo interpreto como producto metafórico del fin de su análisis, en el mismo sentido que lo anterior, como acercamiento a su ser no completo, de su falta, dado que *lo lleva* aquel juego que me pidió que hiciéramos para llevarse; como discurso pleno de sentidos, se lo lleva. ♦

RESUMEN

Desde una perspectiva del *caso* como construcción fragmentaria y ficcional, estableciendo una distancia entre lo acontecido y la escritura que se abre desde la posición del analista a la transmisión, el texto aborda el análisis de un niño que transfería su síntoma, miedo intenso a estar solo en su casa y a desplazarse por la calle, en actos de transgresión en las sesiones de juego. Texto que ahonda en la función del psicoanalista de sostener la angustia que genera en transferencia *imaginarizar* la experiencia de la castración, hallar la figurabilidad de la falta, que instaurará, marcando, la Ley simbólica de los intercambios.

Descriptores: CONTRATRANSFERENCIA / JUEGO / TRANSGRESIÓN / CONTRATRANSFERENCIA / SÍNTOMAS FÓBICOS / CASO CLÍNICO / ACTO / TRANSFERENCIA / PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / ESCRITURA / TRANSMISIÓN

Autor-tema: LACAN, JACQUES

SUMMARY

Taking the *case* as a fragmentary and fictional construction, establishing a distance between the experience and writing, which opens from the standpoint of the analyst towards transmission, the paper deals with the analysis of a child who transferred his symptom, an intense fear of being alone in his house and of walking in the street, into aggressive acts during his play sessions. The text goes deeper into the role of the analyst of holding the anxiety generated in transference, of *imaginarizing* the experience of

castration and of finding representability for the lack, which can establish the symbolic Law of the interchanges.

Keywords: COUNTERTRANSFERENCE / PLAY / TRANSGRESSION / PHOBIC SYMPTOMS / CASE CLINICAL / ACT / TRANSFERENCE / PSYCHOANALYTIC OF CHILD / WRITING / TRANSMISSION

Author-subject: LACAN, JACQUES

BILIOGRAFÍA

- Filgueira, M. (2012). *Los tres registros en sesión. Sujeto y sintoma en el S XXI. Actos de trasgresión*. Trabajo presentado en la 5ª. Jornada Lacan en IPA, O Real, o Simbólico e o imaginario: O Sujeito e o Sintoma no Século XXI, Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre, Puerto Alegre.
- (2014). La experiencia de escribir en psicoanálisis en las diferentes culturas latinoamericanas. *Revista de la Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de Porto Alegre*, 16(1), 137-140.
- (2014). *Psicopatología de la clínica cotidiana*. Taller del 8º Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay Sexualidad en la escritura del psicoanálisis, Montevideo.
- Freud, S. (1992). El porvenir de una ilusión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 1-55). Buenos Aires: Amorrortu. 1979 (Trabajo original publicado en 1927).
- García, J. (2007). Adolescencia e interpretación: Encrucijadas de los modos discursivos, las ocurrencias inconscientes y el transactivismo simbólico. *Controversias en el psicoanálisis con niños y adolescentes*, 1, 1-19.
- Gil, D. (1995). Verdad y saber en psicoanálisis. *Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 4(3), 313-341.
- Lacan, J. (1980). Intervención sobre la transferencia. En T. Segovia y A. Suárez (trad.), *Escritos 1* (pp. 204-218). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1951).
- (2008). *El seminario de Jacques Lacan, libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1956-1957).
- (2008). *El seminario de Jacques Lacan, libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1960-1961).
- Schreber, D. (1978). *Memorias de un neurópata: Legado de un enfermo de los nervios*. Buenos Aires: Petrel. (Trabajo original publicado en 1903).
- Winnicott, D. (2004). La tendencia antisocial. En L. Wolfson y N. Rosenblatt (trad.), *Deprivación y delincuencia* (144-156). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1956).